

LAS ACONIAS

por Andrés Sabella.

MARIA ISABEL PERALTA

El paisaje de Paihuano, donde ella vivía, fue su confidente. Era un paisaje equívoco, de los que maduran todavía la frente de Gabriela, y estaba lleno de salud: él se devoraba todo el color y no dejaba a la niña silenciosa sino la voz de su mejor estío. Por eso es que María Isabel murió cantando, y el paisaje permaneció erguido y brutalmente entero, pero, ahora, como un voz, porque su garganta se calló, cuando un río de piedras le cayó desde la eternidad a la muchacha que era capaz de robárselo frente a frente. María Isabel no sabía estar tan quieta de alma ante tanta riza vegetal. Sus poemas se incorporaban, como partes de Paihuano, a su sol, a su verde, a su viento delicioso. Y, así, paisaje y mujer fueron una alianza infinitamente hermosa. El coloraba el ímpetu; María, las esencias. María Isabel, como la Mistral, fue el pensar ma elquies en trance de alas: a pesar del llanto que se oye tras de los muros de su poesía, no cabe dudas que viene, a veces, un rumor de dulces mormellos y ya no importan ni la enfermedad ni el desaliento. Es el mormello de una naturaleza que se entristece por su hija más débil y se acerca, en puntillas, para adormirla en un cántico de ceseño.

Cuando el paisaje natal se hizo hostil, (porque es verás el paisaje, y en el hombre existe el demonio del adiós), María Isabel usó el prestigio de algo que lloraba detrás

de los muros. De este modo, entró en ella el veneno del mar. La hermana del torbellino se enamoró del horizonte y ahí dejó en guardia su ilusión. El mar se le trocó en amante y las palabras se dieron cita en la primera coicia de la espuma; el mar devora, lentamente, y es el come-sueños impenitente: a María Isabel Peralta no la perdonó. Y como la niña del cancionero azul estaba llegada por la desventura, el mar vino a sus labios vestido de negro: sus poemas "Nocturno", "La ruda", "Nave vieja" y, sobre todo, "La barca" hablan de una ternura oscura y salada. El mar chapó la sangre ideal de esta mujer y con este sangre preparó el licor de sus mormellos:

"sólo añoran esquifes desahogados".

A tanta presión trabajaba el océano su tráfago, que María no pudo mirar la vida sino que a través de neblinas de altamar. Y a su madre le definió de la más noble forma, sólo cuando le encontró semejante a una nave, "carcomida por el llanto del mar".

La esclava de su muerte soñaba con el pie liberado en plática cordal con las carminas. Su libro publicado, en 1933, bajo el cuidado fraterno de Miguel Muñozaga Irigarren, se llama "La Caravana Perda" y expresa el viaje que María realizó en sus escasos veintidós años: de Paihuano apier

WILLANTON N°4, DICIEMBRE 1972, SANTIAGO P. 38 y 39

Las agonías [artículo] Andrés Sabella.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sabella, Andrés, 1912-1989

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las agonías [artículo] Andrés Sabella.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile